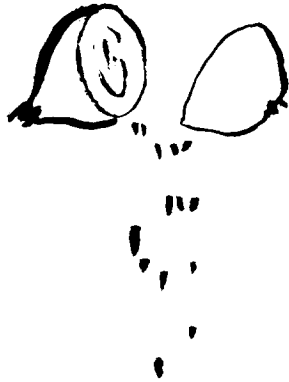


desde otro lugar



Dibujo de Magali Lara, 1990

La superficie pulida

Tununa Mercado

Hombres, mujeres

Siempre me inquietó que el bosque de la sexualidad, abusando de las clasificaciones, se dividiera en compartimientos estancos. Un árbol principal, el del Bien y del Mal, en hombres y mujeres, con serpiente enroscada y ciencia depositada en el núcleo de una manzana; el más frondoso árbol de los heterosexuales y los homosexuales: la rama de los heterosexuales en heterosexuales homogéneos y heterosexuales bisexuales; la de los homosexuales hombres en hombres y mujeres; la de las lesbianas en lesbianas compactas y lesbianas bisexuales, y entrecruzamientos inimaginables entre estas diferentes opciones, y eso sin pensar en los anafroditas que hacen de la abstinencia la máxima virtud y paradójicamente quizás sostienen en su rama la mayor carga erótica por privación, y que no eligen sexo ni se colocan en casilla alguna, dejando pasmadas a las demás ramificaciones; y sin pensar, desde luego, en los andróginos que incluyen todo, los dos cuerpos, las espaldas unidas como siameses, cuatro brazos, cuatro piernas y una sola cabeza para pergeñar el dos después del banquete platónico, y que poseen coognios y anteridios en la misma hifa, ni tampoco en el Hermafrodito al que se fundió por amor Salmacis, ninfa de un lago, convirtiéndolo, y convirtiéndose ella con él, en un ser de doble naturaleza en el que la “virilidad” no contaba. La combinatoria es de una riqueza impresionante y debería, por su propio peso, invitar a pensar en una sexualidad polimorfa, multiforme, en beneficio de una mayor amplitud e intensidad de las opciones. Pero, abroquelados cada cual en su distinción, creemos poder defendernos mejor de las represiones que nos modelan desde adentro y desde afuera. Sin edad, sin género, sin especialización, el Eros sería, en esta nueva hipótesis, un fluido que circula, una forma que busca su deseo y que el deseo mismo modela.

Feministas

Esta idea del amor sin fronteras debería ser un modelo radicalmente feminista: se desbarata cualquier esquema binario; se derriba el orden clasificatorio de un Poder que prefiere poner a la humanidad en hileras, gráficos, tablas persecutorias e inhibitorias; se sustrae la imponderable e inconmensurable instancia del amor del tablero de las legitimidades cuyos comandos dicen “se puede”, “no se puede”. El Eros sería entonces una permanente producción de diferencias, su caja de resonancia evocaría más de un eco y se dispararía a más de una esfera. En un tiempo en el que el reclamo por la igualdad se restringe a la igualdad de derechos, y por lo tanto con una economía mayor de recursos para emprender una aventura epistemológica cuyas incitaciones apenas comienzan, el mero pensar en la riqueza plural y en la combinatoria infinita de la diferencia —más concretamente, las diferencias en plural, para no hacer de esto una categoría encerrada en su propia designación— provoca una excitación erótica casi autosuficiente. Ese Eros del pensar, y más particularmente, el pensar como diferentes en un mundo de “iguales”, desdeñado por las genitálicas corrientes, se abre como una perspectiva para el decenio: un contacto con la materia misma de la diferencia, que es el otro u otra, y ni siquiera el propio sexo o el del otro desde donde se lanza la inquisición o hacia donde se dirige para hallar respuesta, una otredad cargada de atributos exclusivos e impredecibles que borra o arrastra a una bruma grisácea e incorpórea todo el edificio de la sororidad entendida como colonia de pares. Aquí ninguna hermana de caridad canonizada en los sesenta y momificada en los ochenta puede silenciar ya lo que antes se silenciaba por cortesía o por culpa. Una mujer, sola, se piensa y piensa en una delicada sustancia: la materialidad de ser mujer sin maternidad y sin espejo, ocasionalmente sin hombre y sin mujer, y aun quizás sin gato ni perro ni pájaro doméstico, sin referencias, citas, bibliografías y compendios, con la única certeza de que desde su solitaria singularidad puede sencillamente pensar. El cuerpo rugoso de su condición, la difusa red de sus convicciones, la han saturado hasta hacer de ella una figura de volumen y de consistencia, pulida sobre un zócalo en el espacio, en cierto modo monumentalizada y paradigmática. Algo viene a romper la masa solidificada, es apenas un llamado, apenas una temblorosa materia que se insinúa al tacto, muy lejos de la vocinglería del autoconvencimiento que suelen dar las buenas razones, pero se deja oír

como un intenso vibrato. El hechizo de la saturación se ha roto y el Eros se filtra por todos los intersticios, no inunda, no colma, sino que va dejando zonas de insatisfacción y zonas de sed: la mejor condición para regocijarse en el nuevo pensar de esta mujer sola.

Niñas

Ser feminista no sería sólo un acto de reivindicación social, política, laboral, sino un acto permanente, remotamente gestado, una marca de la especie humana que se expande cualitativamente desde mucho tiempo atrás, hasta el momento en que cobra forma. Me parece que muy en el fondo, en los más silenciosos espacios de la conciencia o del sueño, hay un reconocimiento doloroso y maravillado de la propia identidad frente a una semejante, un sustantivo encuentro con una niña-mujer que sabe jugar lejos de su madre, que ha roto la prohibición y ha salido de la clausura, y siempre hacia un Otro, o una Otra que están allí, junto a ella en la misma búsqueda. En esa escena no puede sino haber otra niña que por todos los medios la heterosexología tratará de borrar, pero que no dejará de reiterarse como imagen, difundiendo una manera de sentir y de pensar de por vida: predominio del tacto, noción del cuerpo muelle, percepción de una piel puro labio que se difunde por oleadas. Me atrevería a decir que la existencia de esa otra niña es indispensable para la plenitud a la que se aspira como mujer, que sin esa escena de niñas solas no hay hombre ni mujer, ni Eros, ni diferencia, que sin ese juego solitario y compartido no se estará en condiciones de saber qué se quiere como mujer y qué se rechaza como mujer. Si se pudo trasponer ese zócalo y se gozó en ese vuelo transpersonal, el modelo será poliorgásmico.

Falocentros

Están por doquier; a su alrededor peroran y pontifican todos los discursos sobre el amor; en las instalaciones de esos clubes con credenciales de sexo masculino y de sexo femenino, y aun de homosexos que supuestamente creen haberse borrado como socios, se ha convertido la penetración —noble empeño ante un recinto que invita a la exploración y no menos gozosa aquiescencia de ese recinto— en un hecho de dominación o de borramiento del otro. Se inscriben en ellos quienes creen que

las mujeres son como guantes que se calzan a medida o que los hombres son sólo grosor y volumen; están ahí a sus anchas quienes hablan de hembras sin conocer ninguna mujer, quienes hablan de hombres por su "potencia" viril sin conocerse como mujeres, etcétera. En esos falocentros se tiene bien estipulado en qué consiste un orgasmo y los medios canónicos para provéerselo, como si se tratara de un producto. Ahí no hay continuos ni perpetuos, hay metas a las que hay que llegar rápidamente, sin tregua; allí el sacudimiento ha sido privilegiado frente a una morosidad cuyos límites se desconocen y cuyos efectos dilatorios atemorizan. No hay allí, pues, estrategia global, forma de vida, horizonte cuya vastedad configurara la gran bóveda fundante de una especie humana transformada, para decirlo en términos melodramáticos.

Ginecentros

Habitaciones cuya promesa es la complicidad, recámaras de aislamiento donde se borran precisamente las diferencias y todo se vuelve algodón y amniótico. Si alguna vez estuvimos en ellos, debemos haber sentido que los agravios desaparecían a ritmo de barcarola, que el espíritu de inclusión lograba desdibujar sutilmente el propio contorno y el de las demás. En ese estado de sobreprotección podía llegar a creerse que los demonios habían desaparecido, pero en realidad del reino del señor se había pasado al reino de la señora, una gigantesca monstra aquiescente y celebratoria de sus glorias, cuyas partes poco a poco dejaban emerger sin más tardanza y por más afeites propiciatorios de la sentimentalidad a los que recurriera, dejaban emerger la más canibalesca agresividad de que sea capaz mente humana. Todo reproducido, todo repetido, todo cacofónico y autofagocitatorio. Escapad de allí; la segregación: nunca más.

Homorreclusorios

No hay nada más depredatorio de la propia energía "deseante" que ser arrojado por diferente del recinto de los que otrora eran rechazados sin piedad de los recintos por diferentes; nada más corrosivo de la incipiente necesidad de pensar con otros u otras la diferencia que ser

botado de esos núcleos. Para entrar en esos reclusorios de pares y de mismas en los que predomina la certeza, la contraseña es el guiño. Si no se quiere guiñar, ni estar con los ojos cerrados para no ver la exclusión, ni tampoco parpadear para llamar la atención, más vale no golpear a esas puertas.

Rota la clasificación que nos constreñía a un orden del deseo y del amor, hay que instar a los autorrecluidos de cualquier índole a bajar las barreras de su compartimiento para poder ver la polimorfia; poder mirar a una mujer que se resiste a ser incluida en un marco, apreciar el volumen y la sustancia de una mujer que no está en bandos y salirse con ella del bando; poder mirar a un hombre que haya hecho del modo y la intención de su acercamiento un acto de amor femenino, con todo lo que eso significa, y salirse con él del espacio circunscrito.

Erótica escrita

Tanto decir que no a esto, que sí a esto otro, tanto deslinda de posiciones. . . estoy tentada de volver a los vagones, aun sabiendo que miraré tristemente por la ventanilla el paisaje que el tren va dejando a su paso. Ahora se puede decir, más románticamente que nunca, que en la ventana, tras los vidrios empañados, alguien borra con el dedo el vapor y traza, sobre el ámbar transparente o sobre el azul celeste de un cielo, unas caligrafías blancas y lumínicas; las incisiones son cortas y uniformes y se van alineando como pequeños cometas promisorios, hasta ocultarse, en la frontera dintel de esa ventana. El poder que tiene esta producción de luz se traduce en una sensación de infinito, es decir: la letra que come el espacio oscuro y se enciende, que se apaga y vuelve a prenderse, que penetra en el espacio oscuro y reaparece para iluminarse, conoce el secreto rollo de lo infinito. El uso de estos atributos —capacidad de dejar correr las líneas cargadas de letras hacia abajo o hacia arriba, competencia para comer el sentido y digerir la palabra sobre la ventana— tal vez se había postergado para responder a otras premuras. Si estábamos mudas, teníamos que aprender a hablar; si estábamos a oscuras teníamos que tratar de ver entre las sombras. El más peligroso derecho, el de la escritura, ni siquiera se nos había ocurrido reivindicarlo. Recuérdese que se decía siempre “Las mujeres hablan”, “Palabra

de mujer", e incluso eso se ponía por escrito, aunque no se lo escribiera. Después vino el tiempo del "cuerpo" —escritura entendida como cuerpo, y más escritura aún si el cuerpo evocado era el femenino, un cuerpo ideal al que se presume capaz de percibir los más imperceptibles latidos de la realidad, y cuya voz no pocos hombres trataron de imitar como ventrílocuos. La erótica escrita femenina enceguece, pero sus puntos brillantes no han proyectado más luz por el hecho de haberse acumulado, y muchas veces hemos dado vuelta la página o el libro se nos caído entre las piernas. Esa otra rara especie que consiste en dejar correr las líneas en desdoblamientos y transparencias sin fin, ese otro hábito que consiste en meterse en un vehículo y lanzarse al espacio con una velocidad propia para encadenar la palabra a un sentido, la letra a un saber, ese hábito solitario de la escritura es erótico fundamentalmente porque su consumación, siempre diferida, anticipa sin embargo sus señales y las graba en la superficie pulida, provocando sucesivos, pequeños goces. Esa textura, ilusión del texto, aparente triunfo del amor, tendría que ser de mujer.

SIDA y fin de siglo

Resulta que en definitiva, por razones que escapan a una decisión y a una composición de lugar que hacía de la vida sexual el reino de la libertad y de la experiencia, hay que hacer un profundo cambio en las prácticas sexuales. Las campañas en contra del SIDA hacen suya la consigna de la castidad, del sexo seco, de la fidelidad conyugal, y apenas apunta, en algunos practicantes sexuales (que todavía ha de haberlos), la noción de transformar la miseria de la abstinencia en el paraíso del Eros. No se trataría de podar los cuerpos o de reemplazarlos por prótesis, no se trataría de obturar o cercenar, sino de hacer de cada parte de persona —de su piel, de su voz, de su palabra dicha y de su palabra guardada, de su poro y de su pelo, de su risa y de su miedo, de su vida y de su muerte— un espacio de exploración y de goce. Pero sobre todo, hacer de la memoria de ese ser perdido, muerto, recuperado, ausente o presente, de la memoria del soplo que alentó entre su cuerpo y el propio, un saber. Es fácil decirlo, pero ¿de qué otro modo podría borrarse un estigma, una amenaza, una latencia tan poderosa que estará presente de ahora en más en todo encuentro amoroso? ¿Qué hacer por la vida con la muerte?